



VOL: AÑO 2, NUMERO 3

FECHA: INVIERNO 1986-1987

TEMA: POLITICA Y VERDAD

TITULO: **Política, historia, utopía: Hacia un replanteamiento del proyecto socialista**

AUTOR: *Roberto Gutiérrez*

SECCION: Ensayos

TEXTO

I. Creencia y utopía. Sobre las dificultades del proyecto comunista

No son pocos los signos perturbadores que con fuerza creciente marcan las tendencias predominantes de la realidad política contemporánea. Hoy, en medio de un reflujo y un desencanto político más o menos extendido, nos encontramos muy lejos de aquella época de optimismo y confianza que alcanzó su punto culminante en la década de los sesenta y que permitió la reactivación de las utopías socialistas e igualitarias que dieron sentido a la existencia de más de una generación de militantes. Es apenas en los últimos años que comienza a reconocerse, no sin dificultades y contradicciones, que algunos de los presupuestos que dieron cuerpo al proyecto comunista eran, en realidad, deseos insostenibles de una peculiar voluntad política.

A estas alturas y ante los innegables retos que impone el presente, cabe preguntarse por las razones que han retrasado tanto este reconocimiento, más aun cuando no han faltado voces que dentro y fuera de la propia tradición inaugurada por Marx han llamado la atención sobre algunos de los puntos débiles de la propuesta original. Sin duda, hay una cuestión de identidad comprometida en esta situación, lo que ha hecho que incluso pensadores tan agudos como Gramsci, o en un nivel distinto Althusser, hayan experimentado grandes dificultades para poder impulsar al marxismo por sendas novedosas y productivas. [1] En la obra de estos y otros autores es posible detectar una tensión incesante entre la formulación de tesis que apuntan a un tratamiento desprejuiciado y abierto de las sociedades modernas y del mismo marxismo, y la necesidad de seguir conservando ciertos referentes esenciales que aseguren la permanencia dentro de una filiación. Parece existir aquí una especie de "deuda simbólica" con respecto a lo que representó la emergencia del pensamiento marxista y la forma en que se concibió a sí mismo, en tanto crítica radical y definitiva de lo existente.

Por lo demás, debe destacarse que si los problemas para desplazar certidumbres y desprenderse de asideros se ha presentado en el plano de la teoría, donde hay un mayor espacio para el ejercicio de la crítica y la razón, en el campo de la política éstos se multiplican, adquiriendo una dimensión distinta, dando cuerpo a lo que llamaremos la lógica de la creencia; lógica que es muy difícil de ser quebrada por quienes la comparten, pero que requiere ser desmontada si se aspira a reconstruir en términos modernos la propuesta socialista, vale decir, si se quiere que su proyecto sea, hoy, realmente competitivo.

Como primer punto de este itinerario renovador, figura el reconocimiento explícito de dicha lógica, de sus premisas y sus alcances. En tal sentido, habría que señalar que la gran

influencia conseguida mundialmente por el marxismo; los avatares de la historia del movimiento comunista internacional y su fragmentación a partir de la proliferación de causas y liderazgos particulares que conservaron, sin embargo, un punto de referencia doctrinario universal -que con sus matices se reprodujo al interior de cada uno de los segmentos dando lugar a ortodoxias derivadas-, así como la pasión y la violencia que han permeado el trato de sus contradicciones internas y sus relaciones con "los otros", son todos ellos elementos que nos hablan de la puesta en acto de un complejo y poderoso mecanismo de interpelación y autopercepción capaz de conjuntar, desde su óptica específica, política y verdad.

Para la tradición ligada al programa socialista, los ideales clásicos de libertad, igualdad y fraternidad eran perfectamente concebibles y realizables, siempre y cuando se les fundamentara en una teorización rigurosa que permitiera colocarlos en el plano del realismo y no de la especulación y el formalismo abstracto. Se entrelazaron así en una misma concepción del mundo, factores disímolos como la seguridad y la garantía de un tránsito necesario a formas superiores de organización social, la crítica implacable a doctrinas y posiciones opuestas por no compartir el punto de vista justo, y, en el fondo de todo ello, la certeza en lo incuestionable de un conocimiento objetivo sobre la estructura real de las formaciones sociales capitalistas. Como en alguna ocasión señalara Colletti, la potencialidad del marxismo, su atractivo y fascinación, no sería explicable sin esta imbricación de dos entidades cuando menos formalmente independientes: la creencia y el conocimiento. Tal y como fue básicamente asimilado y difundido, el marxismo propició un encuentro equívoco entre la proyección de las líneas generales de un orden social (ajeno a la dominación, al agravio, el engaño y la inequidad) y el afán de demostrar teóricamente la legitimidad de esta aspiración. Es válido pensar que, en este punto, el marxismo perdió gran parte de su vitalidad explicativa, debido tanto a la introducción de la categoría de necesidad, como por haber sometido el análisis a una torsión explicable únicamente por la presión del deseo de la desaparición del capitalismo mediante la acción de una clase social idealizada en cuanto a sus atributos.

De aquí que la gran capacidad de convocatoria del proyecto comunista, sus posibilidades de formación de consenso y la creación de lealtades en ocasiones extremas, hayan ido acompañadas de un estancamiento en la reflexión -después de todo lo esencial ya estaba dicho- propiciando un encuadramiento mítico del conflicto político, de sus causas, sus protagonistas y su resolución. [2]

El curso de la historia ha hecho, sin embargo, su trabajo. Actualmente ya no es posible seguir pensando a partir del mismo esquema, sobre todo a la luz de la experiencia del socialismo real y de los obstáculos, e involución en algunos casos, que enfrentan las fuerzas políticas identificados con la propuesta comunista en occidente. Aunque evidentemente hay diferencias nacionales, siendo distinto lo que sucede en Francia, España, Italia, México o el Cono Sur, parece incuestionable que, como tendencia, estas fuerzas enfrentan el reto de desarrollar innovaciones teóricas y prácticas, so pena de quedar rezagadas de los procesos políticos en curso en sociedades cada vez más complejas y diversificadas. Si bien es cierto que la pérdida de credibilidad de las grandes ofertas políticas ha sido enfrentada de manera desigual por distintos partidos y organizaciones -en este sentido es preciso destacar, por ejemplo, el esfuerzo del PCI- también lo es que se requiere profundizar más, pasando a una fase cualitativamente distinta de la reflexión, sobre la cuestión planteada entre otros por Norberto Bobbio acerca del significado del socialismo no sólo deseable sino también posible. [3]

El que lo anterior sea factible, tiene como condición primera el aceptar el desafío que implica el ver desdibujada una identidad larga y celosamente mantenida. Ciertamente, es difícil plantear un camino para la izquierda que sin desatender la crítica a los costosos

efectos derivados de la lógica incontrolada de la ganancia, se perfila en una dirección capaz de ir mucho más allá del marxismo clásico, negándolo y superándolo en muchos de sus aspectos. Tarea que no es sencilla, pero que resulta inaplazable para inaugurar la nueva fase a la que aludíamos antes. De lo contrario, no podría romperse cabalmente con uno de los prejuicios que más daños ha causado al desarrollo de la izquierda. Remo Bodei lo expresa de la manera siguiente:

"Por decenios ésta había sido obligada a vivir una historia interna, encerrada en la de otras historias paralelas y hostiles, en donde estaba inducida a desarrollar una proyectabilidad de tipo autista o tendencias a la agorafobia ideológica, al temor, y a la desconfianza a confrontarse de cerca con teorías y prácticas rivales". [4]

Así las cosas, y si realmente se acepta que no puede aplazarse más la ruptura definitiva de este cerco en buena medida autoimpuesto -justificado en gran parte por la pretensión de supremacía no discutida- vale la pena preguntarse, en primer lugar, sobre la viabilidad e incluso la legitimidad que podría tener la recomposición de un proyecto que llamaremos socialista una vez reconocidos los escollos que han trabado sus mecanismos de respuesta en los tiempos actuales teñidos por el desencanto. En otras palabras, habrá que plantearse hasta donde los cuestionamientos apuntados ponen en entredicho la pertinencia teórica y práctica de una elaboración capaz de cohesionar y unificar voluntades para la obtención de un fin compartido. En este sentido un dato que debe ser contemplado es el grado de heterogeneidad alcanzado por organizaciones sociales en las que parece privar la fragmentación y la dinámica de un "mercado político" [5] en cuyo marco se observa una dinámica incesante de contratación entre organizaciones y voluntades particulares muy difíciles de reconducir al registro de una voluntad general con contenidos uniformes.

Incluso, tal vez lo que deba ser sometido a un examen minucioso sea la idea misma del igualitarismo y la homogeneidad. Ciertamente, un nuevo proyecto de pacto social que no renuncie a legítimas aspiraciones de justicia social y democracia política, no puede desentenderse del legado histórico que constituye la construcción de las sociedades capitalistas modernas como complejos donde ha ocurrido una multiplicación de agentes e identidades sociales y políticas, de intereses, especialismos y mecanismos de regulación. Por otro lado, tampoco es posible seguir manteniendo una discursividad apologética sobre la condición humana y su virtuosa realización en un futuro liberado por completo de las causas de la desigualdad, punto sobre el que será necesario volver más adelante.

De hecho, a pesar de que el marxismo surgió, cuando menos parcialmente, como un cuestionamiento del carácter ingenuo del socialismo utópico -por su imposibilidad de visualizar correctamente las fuentes de la desigualdad y de proponer por lo tanto soluciones efectivas- no dejó de resentir en su análisis el impacto de una visión del futuro que, establecida en esas líneas maestras, marco poderosamente la visión del presente. La estructura de su discurso quedó entonces fijada, reduciéndose los márgenes para la variación y la autocrítica. Efecto dramático cuando a su alrededor no dejaron de emerger voces distintas, teorías alternativas y objeciones válidas, al tiempo que los procesos sociales continuaban su ininterrumpida evolución.

Debido a este rezago, el pensamiento de izquierda se ha visto progresivamente desarmado, ya no digamos en el plano de la teoría, sino en lo tocante a su funcionamiento como ideología orgánica en el sentido que Gramsci le daba a esta expresión. La crisis del marxismo puede ser leída en este punto, como la crisis de la credibilidad social en un proyecto que históricamente no ha respondido a las expectativas generadas. Mientras que por un lado la lógica de la creencia obturó el acercamiento con demandas y contingentes sociales que no cabían en la formulación clásica -cercenando en parte su potencialidad de

interpelación-, por otro lado consiguió el alejamiento de muchos de los que habían depositado no sólo su confianza sino sobre todo su fe en el proyecto comunista cuando este se reveló, a través del socialismo real y del naufragio más o menos espectacular de las opciones de este signo en el mundo occidental, como un proyecto más que incierto. En retrospectiva, llama la atención el efecto perverso de esta lógica, que estructurada como un mecanismo que logró durante varias décadas atraer miles de voluntades despertando entusiasmos espectaculares y adhesiones incondicionales, propició finalmente, al tiempo que las nuevas realidades sociales y políticas se fueron asentando, un desengaño de magnitud parecida a la pasión original. No es extraño que quienes continúan aferrados a la ortodoxia y a una identidad doctrinaria que se ha convertido prácticamente en identidad existencial, tiendan a funcionar más como obstáculos -en ocasiones muy desgastantes- que como interlocutores válidos para la discusión. Si durante alguna época importantes movimientos sociales hicieron suyos los planteamientos clásicos del marxismo dándole un sentido de realidad a sus directrices políticas, ahora que el panorama ha cambiado drásticamente el aferrarse a las mismas tesis y no abrirse a nuevas ideas, enclaustrándose autísticamente como señalara Bodei, le da al pensamiento un sesgo delirante. Desafortunadamente, uno no puede sino invocar aquí las palabras de Freud en el Malestar en la Cultura: "Quien comparte el delirio, naturalmente, nunca lo discierne como tal". [6]

II. La necesidad del proyecto. Hacia una reformulación de la propuesta socialista.

1. Existen dos cuestiones básicas que atañen a los esfuerzos por teorizar las eventuales respuestas a la situación bosquejada en el punto anterior. La primera de ellas, esbozada más arriba y que es en realidad la premisa para plantear cualquier teorización, concierne a la posibilidad misma de mirar hacia el futuro e introducir en la historia actual un componente vinculado a esta conceptualización anticipada, evaluando así la capacidad del proyecto para influir en la regulación de la dinámica social a través de su traducción en fuerza política organizada. A partir de aquí surge de manera inmediata la segunda cuestión, que se refiere a la demarcación entre proyecto y utopía, es decir, a los parámetros y las condicionantes que deben ser considerados en una elaboración que evite la recaída en la quimera y esquive también la tentación de la imposición autoritaria.

Ambas cuestiones, expresadas aquí muy sintéticamente merecen la mayor atención analítica, siendo necesario su desarrollo y problematización. Esto es lo que intentaremos hacer en el presente parágrafo.

Para comenzar, quisiéramos tomar como referencia un ensayo de Etienne Balibar en el que se aborda explícitamente el tema de la capacidad de la teoría para establecer tesis sobre el modo de estructuración y funcionamiento de una eventual sociedad socialista. [7] Ensayo interesante en cuanto resume y argumenta buena parte de la posición asumida en el campo del marxismo a propósito de este punto. Vale la pena, entonces, para despejar el camino al tratamiento de la segunda cuestión mencionada más arriba, puntualizar algunas de las razones expuestas por Balibar y efectuar las críticas y deslindes pertinentes.

Un apartado inicial toca a la forma de entender la ausencia de una teoría acerca del funcionamiento estatal ya no sólo en el marco del capitalismo sino de una sociedad en la que se ha superado este sistema. Al respecto Balibar señala:

"Si por ello debemos entender que Marx y Engels no desarrollaron, por ejemplo, un sistema de las instituciones de la sociedad socialista, o comunista, esta observación no sólo no introduce ninguna falla en la construcción teórica marxista, sino que pone de relieve su coherencia, ya que una de sus tesis fundamentales es precisamente recusar

todas las "utopías" de la sociedad futura, incluso cuando toman la forma prudente y positivista de planes reformistas. En este sentido, la ausencia de una "teoría del Estado" en Marx y Engels expresa más bien la crítica materialista de toda concepción de la historia que cree en la posibilidad de "introducir" el socialismo (o un tipo determinado de socialismo) según un plan preconcebido, de "substituir" un orden social por otro en base a una comparación ideal entre lo que es y lo que debería ser". [8]

A nuestro parecer, es evidente que formulaciones de este tipo producen y sobre todo justifican una parálisis teórica que históricamente ha mostrado sus consecuencias en tanto, necesariamente, las organizaciones de izquierda que han llegado a posiciones de poder y de gobierno en distintos niveles, se han visto obligadas a desarrollar programas alternativos con un grado mayor o menor de elaboración y, habría que añadir, de eficacia. En efecto, no sería muy afortunado, en aras de supeditarse a una equívoca posición materialista, guardar silencio, no sobre lo que debería ser o lo que necesariamente tendría que ocurrir, sino acerca de lo que como opción ya no únicamente denunciativa o crítica, se buscaría impulsar en cuanto a una cierta forma de gestionar el poder, de administrar un sistema de relaciones políticas e incluso, como señalara Herman Heller, de regular las oposiciones, en el entendido, naturalmente, de que éstas se respetarían. Más aún, algo que tiene una importancia política de primer orden es, precisamente, lograr "introducir" una visión del socialismo en los procesos existentes, que permita la convergencia de un programa eficaz de transformaciones puntuales -que sienten las bases de una efectiva democratización en los diversos órdenes de la vida colectiva- con la formulación y socialización de una cultura política que promueva valores, normas y hábitos que fundamenten de manera sólida el funcionamiento democrático de las instituciones. [9]

Sostener una propuesta como la anterior, supone, primero, el reconocimiento de la materialidad de las ideologías y su potencialidad de incidencia histórica. Esto, en la medida en que efectúan interpelaciones sobre grupos sociales significativos que construyen su interpretación del contexto en el que se desenvuelven desde una posición específica, que escapa a cualquier naturalidad o necesidad, siendo únicamente explicable a partir de la formación de la subjetividad en un medio en el que tiene lugar una competencia incesante de interpretaciones. Tenemos, pues, que aun cuando sea necesario recusar cualquier teleología y todo discurso que sostenga la existencia de un sentido de la historia ya sea prefigurado por la presencia de leyes objetivas o, en el extremo contrario, por la libre voluntad de un sujeto trascendente -sea que ocupe este lugar "El Hombre", "El Proletariado" o "La Razón"- debe también atenderse a lo que en toda coyuntura aparece como una relación compleja de tendencias, cada una de ellas con un grado distinto de consenso social. Se presenta así en todo proceso social un fenómeno de interacción de sentidos diversos, todos ellos sujetos a una relatividad derivada de su peculiar posición respecto a los otros, dando cuerpo a un movimiento que no obedece de forma pura a ninguna de las tendencias, pero que lleva la marca de la influencia diferencial de cada una de ellas.

En su momento, Gramsci abordó este punto afirmando lúcidamente el carácter productivo de la "filosofía" en tanto concepción del mundo que se ha convertido en norma "realizada en la vida práctica". Bajo este supuesto llega a afirmar que "la filosofía de una época no es la filosofía de tal o cual filósofo, de tal o cual grupo de intelectuales, de tal o cual sector de las masas populares: es la combinación de todos estos elementos que culmina en una determinada dirección y en la cual, esa culminación se torna nota de acción colectiva, esto es, deviene "historia" concreta y completa (integral)". [10]

Ubicando la constitución de los sujetos en el territorio complejo de las diversas prácticas portadoras de significación, en las cuales surgen, se consolidan o debilitan concepciones del mundo alternativas, es factible plantear una estrategia que tenga como objetivo la

integración de marcos de referencia político-culturales que tornen plausible -siempre en términos de tendencia y competencia- un cierto programa de reconstitución social.

La cuestión de la hegemonía supone, en un sentido fuerte, que la práctica política se perfila como una práctica productiva y constitutiva, vale decir, no derivada de ninguna otra instancia, sino capaz de estructurar en su propia dinámica las formas de relación y, eventualmente de antagonismo político. Naturalmente, las posibilidades de constitución y acción de las fuerzas políticas se encuentran delimitadas por factores de distinto orden que es preciso contemplar si se quiere permanecer dentro del plano del realismo, punto que abordaremos más adelante. Por ahora, es necesario insistir en la pertinencia de pensar y desarrollar una política con miras a generar consenso a propósito de ciertos objetivos considerados entonces como legítimos y desde los cuales adquieren consistencia iniciativas sociales de naturaleza diversa. La identidad de los múltiples sujetos políticos, la manera en que se conciben a sí mismos y su vinculación con los otros, los problemas a enfrentar y las metas a conseguir, son cuestiones que se dirimen en este campo de la discursividad donde se entrecruzan significaciones múltiples.

Siguiendo esta línea de análisis se posibilita la ruptura con una visión lineal de la temporalidad pues aparece una conexión íntima entre los distintos "tiempos". De hecho, la concreción de un determinado futuro deja de depender de ciertas transformaciones cataclísmicas de los niveles esenciales de la estructura social, para jugarse de lleno en la complicada trama de relaciones del presente, en las que se procesan las modificaciones -con un ritmo generalmente desigual- de tal o cual punto del sistema global, modificando, al mismo tiempo, las condiciones para desarrollar cambios sucesivos. Paralelamente, se trastoca también la dinámica entre medios y fines, pues la línea de demarcación entre unos y otros no puede ser establecida de manera definitiva y tajante. Por mencionar un ejemplo muy discutido en los últimos años, podría decirse que el carácter de la transición entre dos formas de organización social no atañe simplemente a un problema de táctica, puesto que marca drásticamente el tipo de regulación política de la sociedad emergente. Así, el proyectar la transición bajo la forma de "dictadura del proletariado" no puede ser visto solamente como un asunto de medios, pues su implantación genera relaciones de poder -léase una manera de tratar las contradicciones y los conflictos políticos- que además de ser inadmisibles desde la óptica de la democracia y los derechos civiles son muy difíciles de desmontar aún después de superado el "estado de excepción". Se revela aquí claramente la necesidad de "introducir" en los procesos sociales en curso una concepción de los lazos que el socialismo, como proyecto, mantiene con el presente, asumiendo que los "medios" para conseguirlo, en este caso la presencia o no de mecanismos democráticos, deben ser vistos de hecho, como parte consustancial del propio proyecto.

2. Calificar una posición política como una posición de izquierda es, evidentemente, una cuestión que no es ajena a la convención y a la definición de un marco de referencia específico. Por ello, nuestra intención aquí no es llegar a establecer lo que verdaderamente es o debería ser un proyecto con esta adjetivación, sino simplemente el expresar algunas reflexiones que contribuyan a una discusión razonada sobre la viabilidad o no de determinadas alternativas, más allá de que se les califique de comunistas o socialdemócratas, de revolucionarias o reformistas, etc. Nos parece útil, pues, desarrollar la discusión no sobre la base de distinciones doctrinarias y lealtades principistas sino a partir de problemas específicos que reclaman soluciones argumentadas. A través de ello se irá delineando nuestra propia definición de lo que llamamos, para los fines de la exposición, "propuesta socialista", sin que esto nos lleve a entrar en la polémica de la que hemos querido deslindarnos más arriba.

Tal vez una de las razones que expliquen la confusión frecuente entre proyecto y utopía, resida en las características atribuidas al primero y su pretendida capacidad para integrar e incluir la totalidad de variables que atañen al cambio social. En este sentido, lo que efectivamente posee un carácter utópico no es sólo el contenido del proyecto sino la idea misma de su diseño y estructuración. Quisiéramos, entonces, iniciar este punto afirmando la necesidad de redimensionar la categoría de proyecto en una dirección tal que permita, primero, su desglosamiento y diversificación en función de los múltiples puntos de interacción y tensión social que requieren alternativas y sujetos políticos variables, y que sea capaz, en segundo lugar, de dejar abierta la posibilidad, e incluso crear las condiciones para ello, de una crítica permanente y un resurgir constante de nuevas iniciativas y competencias políticas.

Si se adopta esta perspectiva, será factible colocar en un mismo plano dos aspectos que no pocas veces se presentan separados en los planteamientos de la izquierda. Nos referimos aquí a la distinción tradicional que tantas confusiones y desaciertos ha provocado en esta corriente y que de manera sintética atañen a lo que se ha llamado el contenido sustancial del proyecto, en tanto escindido del aspecto formal, tocante a las condiciones políticas generales que normarían la relación entre las distintas fuerzas participantes y al que no siempre se le concede la importancia debida.

Afortunadamente, se comienza a aceptar por círculos cada vez más amplios, que la propuesta socialista es absolutamente indisociable de la democracia política, pues sin ella las tendencias a la concentración y al abuso del poder, así sea a nombre de la mayoría, encuentran el camino libre para afianzarse y desarticular autoritariamente las iniciativas y demandas de los grupos disidentes y las fuerzas opositoras. La cuestión de la democracia política, como cuestión que atañe a la manera en que en una sociedad se regula el ejercicio del poder, implica la coexistencia de una diversidad de fuerzas que compiten en un espacio normado por lo que Bobbio llama las "reglas del juego" y que supone, básicamente, el aceptar el principio de mayoría para la elección de representantes en distintos niveles. De manera sintética, pues no es el lugar aquí para exponer y discutir en extenso la tesis de Bobbio, [11] puede decirse que en la perspectiva de este autor, que en general consideramos adecuada, el núcleo básico de la democracia política reside en quién, cómo, dónde y bajo qué condiciones se elige a los representantes, sin descartar la opción de que la democracia representativa se apoye, dentro de lo posible, en la democracia directa.

La democracia política, como aspecto consustancial de la propuesta socialista apunta ciertamente a privilegiar el recurso del convencimiento como medio generador de consenso hacia determinadas reformas y reivindicaciones, lo que aparece así como condición previa para el ejercicio del poder en una dirección particular. En lo que debe insistirse, sin embargo es que esta búsqueda de la hegemonía, leída en términos de una dirección nacional, tiene como prerequisite el desglosamiento del proyecto en un sinfín de formulaciones concretas acorde con la complejidad de lo social. La democracia política estaría presente, entonces, tanto en la sociedad civil como en la política, para utilizar la terminología gramsciana, produciendo una difusión de las "reglas del juego" capaz de consolidar una cultura política reacia al abuso y la arbitrariedad y en la que entonces podrían insertarse cabalmente las demandas concernientes al terreno de la justicia social.

Si se reconoce que la propuesta socialista no puede ser impuesta artificialmente en el tejido social, sino que necesita ser asumida y redimensionada por los distintos grupos y sectores sociales de acuerdo con sus problemáticas específicas, entonces debe admitirse que la izquierda se enfrenta al reto de la creatividad política, como una tarea a desarrollarse desde lugares diferenciados y con sujetos particulares. En la multiplicidad de escenarios que se constituyen en esta óptica, las exigencias generales de redistribución

del poder, igualdad de oportunidades, eliminación de la arbitrariedad, modificaciones en las condiciones de vida y de trabajo, estímulo de las iniciativas productivas surgidas desde la base, clarificación de los mecanismos de ascenso, el establecimiento de una racionalidad política que tienda a evitar la corrupción, el abuso y los mecanismos subterráneos de negociación y decisión, el uso adecuado de los recursos, la lucha por una cultura de la tolerancia y la vigencia del pluralismo, etc., son todas ellas aspiraciones que requieren desarrollos puntuales, que si bien admiten el concurso de las organizaciones partidarias no pueden supeditarse a ellas. Aunque la forma partido sigue teniendo validez, sobre todo por razones que apuntaremos adelante, es preciso afirmar que lo que ha entrado en crisis de manera profunda es toda estrategia de inspiración vanguardista y redentora. Algo que cuando menos parcialmente han puesto de manifiesto los llamados nuevos movimientos sociales y las luchas acontecidas en ámbitos diversos, es la proliferación de contradicciones con contenido distinto y posibilidades de resolución variables, que mantienen márgenes de autonomía lo suficientemente amplios para justificar la validez y la viabilidad de su empresa, redimensionando así los lugares y los tiempos de la recomposición social.

Del debate suscitado en la década pasada en torno a la llamada crisis del marxismo, se desprende la necesidad de que la propuesta socialista contemple la complejidad de lo social y su relación con la complejidad de lo estatal. Porque no se trata simplemente de invertir la problemática y poner en tela de juicio la centralidad obrera, para reemplazarla por la de los movimientos emergentes, no de subvalorar la importancia de las organizaciones políticas clásicas -principalmente los partidos- y su actividad dentro del estado (entendido en sentido restringido) en aras de un enaltecimiento de lo "social" y de lo "cívico". Lo que requiere un tratamiento adecuado, es precisamente, el modo de articulación de estado y sociedad así como la lógica de su interacción con miras a conjuntar productivamente las iniciativas sociales con una racionalidad técnico-política de la que no se puede prescindir. [12] Tareas, pues, inseparables la de la democratización de la sociedad y la democratización del estado, reconociendo en este último un elemento regulador, prácticamente imprescindible para la reproducción y la gestión social cuando menos desde la perspectiva del Estado-Nación. Así, en las polémicas actuales sobre el tamaño del estado y el alcance de sus políticas, habría que ser mucho más preciso para enjuiciar sus funciones, pues si bien existen esferas en las que su injerencia es indiscutible -sobre todo cuando ejerce tareas de control y censura en la producción y expresión cultural y científica, cuando inhibe y excluye autoritariamente posiciones políticas contrarias, cuando mantiene con fines políticos segmentos burocráticos efectivamente parasitarios, así como cuando se arroga el monopolio de la moral estableciendo arbitrariamente las fronteras de la "normalidad" -existen otras donde sin la institucionalización estatal y sus ordenamientos jurídicos sería de hecho imposible una vida colectiva medianamente estable y la concertación entre distintas fuerzas que requieren de un espacio para la negociación y la legitimación de iniciativas tanto particulares como generales. Para la propuesta socialista, el reto que se plantea es entonces el de una reforma democrática del estado, que contemple la constitución de canales ascendentes en los procesos de toma de decisiones -lo que implica pensar muy en serio las políticas de descentralización y desconcentración- al tiempo que le otorga contenido a la tesis de la primacía del interés público sobre el privado, sin ceder a la tentación de la imposición autoritaria para "garantizar" el cumplimiento de este postulado.

De forma complementaria, y en tanto junto a la complejidad y diversidad coexisten problemas, discusiones y decisiones que tienen impacto nacional como son: políticas generales de precios y salarios, orientación y programación del gasto público, relaciones exteriores, políticas educativas, manejo de la deuda en países como el nuestro, uso de los recursos naturales, políticas ambientales y muchas otras más, la propuesta socialista no puede descartar la acción de fuerzas políticas nacionales, capaces de proponer

alternativas generales, que por las razones que hemos apuntado antes no podrán tener jamás un carácter totalizador, pero que sin embargo son necesarias para conformar un sujeto político con influencia suficiente para incidir en este plano de la globalidad.

Por último, habrá que reafirmar que la propuesta socialista sólo tendrá sentido si la conjunción de su aspecto crítico con la dimensión propositiva, conduce a hacerse cargo plenamente de lo que significa presentarse como una alternativa de poder que no renuncie a dirigir desde una óptica singular, pero a dirigir a fin de cuentas, una dinámica social y política de la que no estarán ausentes las instituciones estatales, ni la autoridad, ni la representatividad, ni la división del trabajo, ni los especialismos, ni las contradicciones y oposiciones. Así, realizar una crítica de la utopía significa reconocer que no es pensable históricamente una colectividad humana formada por individuos iguales relacionados de manera armónica por haber superado toda fuente de conflicto y por haber quebrado todo mecanismo de sujeción. En este sentido, tanto la problemática humanista en su nivel teórico -criticada de una manera rigurosa sobre todo por la teoría psicoanalista al establecer las fuentes primarias de la competencia, la autoridad, la creencia y la confrontación- como la ilusión política de la autogestión plena y la desaparición del estado, y en ocasiones hasta de toda política y toda ideología, requiere ser definitivamente desplazadas como referencias de un proyecto de nuevo tipo que aspire a convertirse por lo menos parcialmente, en historia. [13] Erosionadas las ilusiones, queda enfrentar a la oleada conservadora, y al reflujo de la política como actividad inductora de grandes entusiasmos e intensos esfuerzos colectivos, con una propuesta tal vez menos llamativa pero más minuciosa, plural y creíble. Al pesimismo creciente habrá que oponer una adecuación fuerte de los objetivos del proyecto, lo que implicará la batalla por una recomposición de la cultura política de la izquierda, aunque no sólo de ella, lo suficientemente profunda para redimensionar sus expectativas e ideales, esto es, para cambiar el horizonte de su acción. Negarse a reconocerlo quizás sería menos inquietante, pero no contribuiría a la superación de los obstáculos. Haciéndolo, se despejaría el camino para una nueva práctica de la política, más diferenciada y menos intransigente, en síntesis, con una mayor vocación democrática y materialista.

CITAS:

[1] En Gramsci, por ejemplo, es notorio el esfuerzo por desarrollar la temática de la hegemonía dentro del horizonte de la conformación clasista, lo que limita el análisis de la constitución de los sujetos políticos como entidades que, precisamente, cobran forma en el territorio ideológico con más o menos autonomía respecto a la posición de clase original. Por otra parte es curioso observar como Gramsci extiende el concepto de fuerzas materiales hasta abarcar a la ideología, en aras de continuar manteniendo vigente la tesis de la primacía de las fuerzas materiales como determinantes de la organización social en su conjunto tal y como lo expone Marx en el célebre Prólogo a la Contribución a la Crítica de la Economía Política. En lo que toca a Althusser, podría mencionarse, sobre todo, el análisis riguroso que realiza sobre la crisis del marxismo y la ausencia de una verdadera teoría del Estado en Marx, que no lo lleva, sin embargo, a las conclusiones necesarias. Así, en el trabajo titulado "Notas sobre el Estado", (en *Discutir el Estado*, México, Folios Ediciones... 19) insiste por ejemplo en el punto más que cuestionable de la extinción del Estado, en la calificación simple del estatuto jurídico de las sociedades capitalistas como "burgués" y en el desarrollo de una política comunista desde "fuera" del Estado. En nuestra perspectiva, la revisión a fondo de estos y otros planteamientos constituye sin duda un prerrequisito en la elaboración de un nuevo tipo de proyecto político. Sobre esto hablaremos más tarde.

[2] Sobre los problemas derivados del funcionamiento del modelo mítico puede verse nuestro artículo "Mito y Democracia", en Casa del Tiempo, número extraordinario, 63, 64, 65; abril, mayo, junio 1986.

[3] Cfr. Norberto Bobbio, "¿Qué socialismo?", en ¿Existe una teoría marxista del Estado?, México, UAP, colección filosófica.

[4] Remo Bodei, "Fenomenología y lógica del proyecto", en Sistemas Políticos: términos conceptuales. Temas del debate italiano, México, UAM-Azcapotzalco, 1986, p. 30. Muchas de las ideas e inquietudes plasmadas en nuestro ensayo, encuentra su origen en este excelente trabajo del autor italiano.

[5] Cfr. Gian Enrico Rusconi, "El intercambio político", en op. cit., pp. 65-96.

[6] Sigmund Freud, "El malestar en la cultura", en A medio siglo de El malestar en la cultura de Sigmund Freud, México, Siglo XXI Ed., 1981, p. 42.

[7] Etienne Balibar, "Estado, Partido, Ideología. Esbozo de un problema", en Marx y su crítica de la política, México, Ed. Nuestro Tiempo, 1980.

[8] Op. cit., p. 112. Las cursivas son del autor.

[9] C.B. Macpherson indica el problema afirmando que "En todo caso si se aspira a demostrar que un sistema político o de sociedad, sean los existentes o unos no existentes pero deseados, es viable, es decir, cabe esperar de él que funcione bien a lo largo de un período de tiempo relativamente prolongado, hay que formular algunas hipótesis acerca de los seres humanos que lo van a hacer funcionar y con los que va funcionar. ¿De qué tipo de comportamiento político son capaces? Evidentemente, ésta es una pregunta clave... De manera que al contemplar los modelos de la democracia -pasados, presentes y posibles debemos estar muy atentos a dos cosas: lo que presuponen acerca de toda la sociedad en que ha de actuar el sistema político democrático y lo que presuponen acerca del carácter esencial de las personas que han de hacer que funcione el sistema (lo cual, evidentemente, en un sistema democrático, significa la gente en general, y no sólo una clase gobernante o dirigente). C.B. Macpherson, La democracia liberal y su época, Madrid, Alianza Editorial, 1981, pp. 13-14.

[10] A. Gramsci, El materialismo histórico y la filosofía de B. Croce, México, Juan Pablos, 1975, p. 30.

[11] Cfr. Norberto Bobio, El futuro de la democracia, México, F.C.E., 1986. En el segundo número de la revista Sociológica del Departamento de Sociología de la UAM-Azcapotzalco hemos hecho un comentario más amplio al respecto.

[12] Cabe recordar aquí nuevamente a Herman Heller, para quien la política podía definirse como "el arte de transformar tendencias sociales en formas jurídicas". Véase Herman Heller, Teoría general del Estado, México, F.C.E., octava reimpresión, p. 223.

[13] La crítica a la utopía puede incluso extenderse del nivel teórico al campo de su legitimidad política. Isaiah Berlin ha detectado bien el aspecto negativo que reviste todo proyecto uniformador e igualador en extremo, defensor de valores que aparecen como necesaria y obligatoriamente compartidos por todos. Al respecto señala: "Esto no es aceptado por aquellos que declaren que los temperamentos de los hombres, dones, perspectivas, deseos, permanentemente difieren unos de otros, que la uniformidad mata; que el desarrollo más vivo de las potencialidades humanas puede ocurrir sólo en

sociedades donde hay un amplio espectro de opiniones... en las cuales hay libertad de pensamiento y de expresión, visiones y opiniones que chocan unas con las otras, sociedades en que la fricción e incluso el conflicto no son permitidas con todo y leyes para comprobarlas y prevenir la destrucción y violencia; que la sujeción a una sola ideología, no importa que tan razonable e imaginativa sea, roba libertad y vitalidad a los hombres". Cfr. Isaiah Berlin, "Decadencia de las ideas utópicas en Occidente", en Vuelta núm. 112, p. 27.